

El concepto de Memoria Histórica en la novela *La Forma de las Ruinas* de Juan Gabriel Vásquez

Emmanuel David Quiceno Valdés

Universidad Tecnológica De Pereira

Escuela De Español Y Comunicación Audiovisual

Facultad De Ciencias De La Educación

Licenciatura En Español Y Literatura

Pereira

2019

El concepto de Memoria Histórica en la novela *La Forma de las Ruinas* de Juan Gabriel Vásquez

Emmanuel David Quiceno Valdés

Trabajo de grado para obtener el título de Licenciado en Español y Literatura

Director: Julián Giraldo

Doctor en literatura

Universidad Tecnológica De Pereira

Escuela De Español Y Comunicación Audiovisual

Facultad De Ciencias De La Educación

Licenciatura En Español Y Literatura

Pereira

2019

Nota de Aceptación

Director de tesis

A todos los que no pueden y no quieren recordar.

Agradecimientos

A mis padres, Félix y Luz Marina, quienes me apoyaron incondicionalmente en los largos años de este arduo camino. A mi abuelo y mejor amigo Gerardo, cuyos cariñosos consejos lograron encaminarme cuando mi ruta no estaba tan clara. A mis nueve hermanos: Dámara, Sara, Miguel, Alberto, Santiago, Juana, Luz Estrella, Jacinta y Guadalupe, que me alegraron con sus locuras y me distrajeron de las preocupaciones cotidianas. Sin el apoyo de estas personas, mi familia, no hubiera podido llegar hasta aquí; este trabajo es por ellos y para ellos.

A Julián Giraldo por su acompañamiento y, sobre todo, su paciencia durante el tiempo que asesoró este trabajo. Finalmente, A mis profesores de la Universidad Tecnológica de Pereira que compartieron su conocimiento y experiencia; que ayudaron a construir, directa o indirectamente, al profesional que se vislumbra en el ocaso de esta aventura llamada Licenciatura en Español y Literatura.

Tabla de contenido

Introducción	7
1. La memoria histórica: Conceptualización y recorrido histórico	10
1.1 Aproximaciones al concepto de memoria	10
1.2 Aproximaciones al concepto de historia	16
1.3 Memoria histórica: orígenes de una contradicción necesaria	19
1.4 La literatura y la Memoria Histórica.....	27
2. La Novela de Juan Gabriel Vásquez: Un viaje expiatorio al pasado.....	29
2.1 Vida y obra de Juan Gabriel Vásquez	33
3. Las Ruinas de una memoria olvidada.....	39
3.1 El concepto de Memoria Histórica en la obra de Vásquez	40
3.2 El olvido social y la represión de la memoria histórica	46
3.3 Las grietas de La Historia Oficial y la importancia del relato oral.....	49
Conclusiones.....	53
Glosario de personajes	56
Bibliografía.....	58

Introducción

En la actualidad se habla bastante de la memoria histórica. En países como Colombia, Argentina y Perú, tan azotados por fenómenos sociales negativos como la corrupción, diferentes matices de violencia (física, política, social) la guerra, la pobreza entre otras tantas; toma vital importancia un concepto que emerge dentro de colectivos sociales vulnerables, un artificio diacrónico que revela los crímenes ocultos, una manera de luchar contra la hegemonía y la represión de pensamiento (y consecuentemente, de memoria) impuesto por los que controlan el poder en todas las esferas sociales.

Si bien el concepto de memoria histórica no es precisamente nuevo, se hace relevante como herramienta reivindicadora de las voces opacadas en los innumerables conflictos sociales que asolaron y siguen asolando las incipientes naciones latinoamericanas en los siglos XX y XXI. La memoria histórica nace como un portavoz de los olvidados, de las víctimas, de los vencidos

Tratar con un concepto que es conflictivo en su propia etimología es un tanto complejo. Las nociones de memoria e historia nacen con características conceptuales opuestas: mientras la historia pretende ser un retrato fidedigno de los acontecimientos de los hombres a través del tiempo, La memoria es la capacidad humana de almacenar recuerdos, (si hablamos de la habilidad biológica como tal) pero como entidad cultural representa la forma de pensar, tanto individual como grupal, de una comunidad en un espacio y un tiempo determinados.

La memoria no está sujeta a la rigurosidad fáctica, es más flexible, moldeable, susceptible a alteraciones y por lo tanto, la forma más “conveniente” de preservar tradiciones orales, ritos, mitos, leyendas etc. que no tienen un enclave fehaciente en la realidad. En contraposición a lo anterior, los detractores (figuras políticas en su mayoría) del ejercicio de observar un hecho histórico desde una memoria narrada por actores externos a “la historia

oficial” plantean que se puede generar, en la mayoría de los casos, incertidumbre, imprecisión y ambigüedad en el relato histórico. Pero rememorar no significa necesariamente caos o ambigüedad en los hechos históricos, (así lo concibe Cassirer) |no es un desorden histórico justificado en las opiniones subjetivas de cada persona; se trata de un ejercicio inclusivo y abarcante, un modo diferente de afrontar los hechos acontecidos en la realidad.

Hechos reales y factibles en contraste a los recuerdos personales e impersonales en un espacio *subjetivado* (cursiva de Rodrigo Argüello). La memoria histórica presenta la unión de dos conceptos aparentemente disimiles. Una dualidad inesperada que será tema importante de este trabajo.

En la obra *La Forma de las Ruinas*, del escritor colombiano Juan Gabriel Vásquez, se narran hechos históricos mezclados con ficción autobiográfica. El protagonista, el propio Vásquez, hace un viaje introspectivo, en busca de respuestas a entresijos enterrados que marcaron la historia del país y cuya resolución no fue clara: los magnicidios de Jorge Eliécer Gaitán y el general Rafael Uribe Uribe, ultimados en circunstancias oscuras y macabras. Hay tres personajes clave en el relato de Vásquez: el conspiranoico Carlos Carballo, el abogado Marco Antonio Anzola y el propio autor.

Personajes que buscan, desde distintas posturas, exponer y resarcir eventos pasados, que están envueltos en la oscura capa que cubre todo lo pretérito, cuyas posibilidades de salir a la luz desde el foco de la veracidad que otorga la historia oficial son ínfimamente bajas y que les queda como último recurso acudir a la reconstrucción de los hechos desde la memoria de la gente, a personas involucradas en los casos directamente, a simples transeúntes que casualmente pasaban por el lugar de los hechos; a registros apócrifos que contienen información oculta o a las pistas encubiertas que pululan en los noticias de los diarios, la televisión y los propios pronunciamientos oficiales ofrecidos por el gobierno de turno.

Para evidenciar lo propuesto en la premisa inicial, este trabajo plantea tres partes, que están vinculadas entre si y que van de lo general a lo particular, es decir, de índole deductivo.

En primer lugar se hablará de memoria e historia por separado, del propio concepto de memoria histórica y el enfoque con el que se tratará, los principales rasgos del mismo, que lo compone y como incide en la reconstrucción de sociedades visiblemente afectadas. En la segunda parte se abordará al autor de la obra, sus motivaciones, su recorrido profesional. De igual modo se aludirá a la novela histórica y sus implicaciones con el concepto analizado. En la tercera parte estará el análisis del concepto en la obra, será la sustentación de la premisa inicial: el concepto de Memoria Histórica en la obra de Vásquez, junto con otros temas íntimamente relacionados y que son objeto de análisis dentro del mismo relato como el olvido social, el control de las hegemonías y las conspiraciones. Para finalizar, una cuantas reflexiones autoconclusivas y un glosario de personajes de la obra.

Este trabajo girará entorno, principalmente, a la obra de Elizabeth Jelin, socióloga argentina. También se acudirá a autores (teóricos e investigadores) asociados al tema, como lo son Pierre Nora, Ernst Cassirer, Maurice Halbwachs entre otros.

1. La Memoria Histórica: Conceptualización y Recorrido Histórico

El presente trabajo aspira a realizar una aproximación a la obra *La Forma de las Ruinas* (2015), del escritor colombiano Juan Gabriel Vásquez, para develar cómo se construye en ella una memoria histórica, herramienta de retribución y de redención de un pasado no dicho, olvidado. Lo que se pretende entonces es identificar los segmentos de la novela en los que se reflexiona sobre la memoria histórica y justificar por qué se considera que las relaciones entre el concepto y la obra están representadas allí.

El objetivo de este proceder es demostrar que el concepto de memoria histórica permea todo el relato de Vásquez. Antes de empezar, es necesario hacer una presentación del concepto; de forma que quede claro el tipo de abordaje que se quiere realizar. En un primer acercamiento, se propondrán definiciones generales de los dos componentes que construyen el concepto a tratar: memoria e historia; se hará de una forma generalizada ya que no es el objetivo principal de este trabajo ahondar en sus contenidos (teorías y principales líneas investigativas) con el rigor científico pertinente. Su función será la de dilucidar lo necesario para aprehender los elementos constitutivos de la memoria histórica

1.1 Aproximaciones al concepto de Memoria

Existen diferentes acercamientos al concepto de memoria, cada una ligada a un campo concreto del conocimiento y con unas especificaciones conceptuales que se vinculan con el concepto en sí pero se diferencian en el campo de estudio que se trate. Existen conceptos propios de memoria para la psicología, la literatura, la biología, la informática, la filosofía, la sociología, etc. Sin embargo, todas están relacionadas de algún modo con la noción básica de memoria que es la de habilidad humana para almacenar y revivir recuerdos de eventos pasados.

La memoria, en tanto “facultad psíquica con la que se recuerda” o la “capacidad, mayor o

menor, para recordar” (Moliner, 1998: 318) (recordar: “retener cosas en la mente”), ha intrigado desde siempre a la humanidad. (Jelin, 2002:18)

La preocupación de los filósofos, psicólogos, científicos sobre la memoria ha generado múltiples posturas que han variado a través de los tiempos: en un principio se pensaba que la memoria era una potencia del alma inmortal (una acepción propuesta por la iglesia católica del medioevo) para después ir adquiriendo una definición más científica; resultado del cambio del teocentrismo al antropocentrismo y de las investigaciones de estudiosos preocupados por los procesos mnémicos entre los que se cuenta a Broca, Lombroso, Hebbe, Ribot, James, entre otros tantos.

La capacidad de registrar, almacenar y evocar recuerdos es a lo que comúnmente se denomina memoria (Bellido, 2002) Este proceso se lleva a cabo en el cerebro, dentro de los intrincados procesos de conexión denominados sinapsis, en los cuales entran en juego el hipocampo y las redes neuronales biológicas. Al respecto, Segovia de Arana (2003), apunta:

La memoria es un proceso dinámico de dos vías: una es el almacenamiento de sensaciones, sentimientos, cosas que hemos percibido, que hemos vivido consciente o inconscientemente. La otra vía es la de la recuperación de los recuerdos que activamos y actualizamos para usarlos en un momento determinado, para vivirlos al lado de otra percepción que extraemos de la realidad del momento en el que nos encontramos

Actualmente se reconoce tres clases de memoria: la memoria a corto plazo, la memoria a mediano plazo y la memoria a largo plazo; cada una determinada por un reforzamiento específico de la sinapsis que permite la retención permanente de los recuerdos. Entre los tipos de memoria se distinguen dos a grandes rasgos: memoria perceptiva y memoria motora, que a su vez, contienen variedades mnémicas como la memoria implícita y la memoria explícita.

En palabras generales, la memoria perceptiva se encarga de asimilar la información del entorno inmediato y “determinar” si se guarda en la memoria a corto, mediano o largo plazo. La memoria perceptiva es consciente y por lo tanto la más reconocible, es la que comúnmente

se conoce como memoria en términos coloquiales. La memoria motora está asociada al comportamiento biológico humano, a las funciones motoras del cuerpo, a las formas más básicas de aprendizaje filogenéticamente hablando.

Una dicotomía complementaria aparece, a su vez, en las dos memorias anteriormente mencionadas: la memoria implícita y explícita; siendo la primera de ambas la encargada de guardar los recuerdos inconscientes tanto de la memoria perceptiva como de la motora. En esta memoria se encuentran los recuerdos más arraigados, que predeterminan el comportamiento humano y evidencian rasgos innatos en acciones tales como caminar y comer (memoria motora) como en otras mucho más complejas como las manías y las obsesiones. La memoria explícita es la otra cara de la moneda; ésta alberga recuerdos que son utilizados de forma deliberada, consciente según la situación y el contexto en el que se requieran (Segovia de Arana 2003).

Es importante mencionar el hecho que tanto los recuerdos que se guardan como los que se evocan o “reviven” no son enteramente fidedignos. La modificación en los acontecimientos, palabras, pensamientos está presente cada vez que el cerebro codifica o decodifica remembranzas, estableciendo prioridades como si de una máquina se tratase. El ejercicio de las capacidades de recordar y no olvidar es singular. Cada persona tiene “propios recuerdos”, que no pueden ser transferidos a otros.

La memoria individual existe, pero ella se enraíza dentro de los marcos de la simultaneidad y la contingencia. La rememoración personal se sitúa en un cruce de relaciones de solidaridades múltiples en las que estamos conectados. Nada se escapa a la trama sincrónica de la existencia social actual, y es de la combinación de estos diversos elementos que puede emerger lo que llamaremos recuerdos, que uno traduce en lenguaje. (Echeverry, 2004:126)

Es esta singularidad de los recuerdos, y la posibilidad de activar el pasado en el presente- la memoria como presente del pasado, en palabras de Ricoeur (1999; 16)- lo que define la identidad personal y la continuidad del sí mismo en el tiempo. (Jelin, 2002:19)

La veracidad de los hechos contados por un individuo que recuerda haberlos vivido siempre estará permeado por un velo, tenue o grueso, de subjetividad inherente, condicionada por las relaciones mentales que se planteó el sujeto. Esto es una espada de doble filo, debido a que será muy difícil evidenciar la veracidad de los hechos en base al testimonio o relato de una persona, que siempre estará condicionado, no solo por su propia visión del mundo, sino también por factores externos que son ajenos a su control.

Pero si se habla de memoria, también hay que mencionar la ausencia de la misma, el olvido voluntario y la amnesia. Segovia de Arana (2003) afirma que el olvido es la imposibilidad de traer de nuevo o hacer patente en el presente inmediato un recuerdo de forma transitoria o permanente. La amnesia (la patología en cuestión) se produce por diversos motivos: la represión mental causada por un trauma, una situación de estrés extrema, los problemas psicológicos graves como las fobias, las lesiones físicas ocasionadas en áreas específicas del cerebro, etc. El envejecimiento natural también puede producir amnesia, ya sea pasajera o permanente; depende directamente de la condición física y mental de la persona.

El olvido social será tema importante en el desarrollo de la línea principal de este trabajo y se abordará con más profundidad en posteriores apartados. Bastará con decir aquí que el olvido social o cultural es un tipo de olvido acordado o forzado que se hace de hechos determinados en un colectivo o comunidad. De igual forma que pasa con la memoria individual, las memorias compartidas de una sociedad son susceptibles a modificaciones, ya sea por mutuo acuerdo, obligación, subyugación o persuasión. Estas estarán mediados por influencias externas los cuales manipularan las memorias a conveniencia, modificándolas o erradicándolas por completo del imaginario colectivo

Históricamente hablando, fue en Grecia donde el concepto de memoria sale a la luz. La titánide Mnemosine, hija de Gea y Urano, es la personificación de la memoria. Una de sus hijas, Mnemea, perteneciente a las musas, es la encargada de recrear y darle forma a las ideas

abstractas (Villar, 2014). Simónides de Ceos (556 - 468 a. C.) poeta lirico griego, es uno de los precursores del estudio y posterior desarrollo del concepto de Mnemotecnia (técnicas para memorizar y re memorizar información de forma sencilla y rápida). Platón (427-347 a. C.) y Aristóteles (384 - 322 a. C.) también hicieron avances en el concepto de memoria desde sus campos de estudio. El primero desde su filosofía metafísica y el segundo desde sus propias prácticas reflexivas y empíricas.

Avicena (980-1037) médico y filósofo persa, fue uno de los primeros galenos en pensar que la memoria se alojaba en el cerebro y no en el corazón como pensaba Aristóteles. (Villar, 2014)

Tanto en la Edad media como en el Renacimiento, la memoria era un concepto mágico y misterioso. Las acusaciones de hechicería que hacia la santa iglesia católica a los juglares (trovadores itinerantes) por recitar memorísticamente historias y legendas bastante extensas son un ejemplo claro del pensamiento limitado y sesgado de la época. Los artistas del renacimiento utilizaban el concepto de memoria a modo de inspiración (con una visión similar a la de los griegos con sus musas) y como un vehículo que permitiera ver al mundo desde múltiples perspectivas. Giordano Bruno (1548 - 1600) fue un filósofo renacentista interesado en el tema de la memoria, sin embargo fue quemado en la hoguera por pensar de forma distinta a las creencias religiosas predominantes, los dogmas que promulgaba la iglesia.

Pensadores como Hobbes (1588 – 1679), Descartes (1596- 1650), Locke (1632 -1704), Immanuel Kant (1724-1804) aportarían al concepto de memoria desde sus pensamientos filosóficos. Gracias a su conocimiento del comportamiento humano y a sus diversas posturas frente a nociones humanas como el ser, la vida, la política, el pensamiento, etc., ampliando las visiones de mundo de sus contemporáneos y generando una ola de teorías, acepciones y postulados, que despertarían la curiosidad humana, adormilada y adoctrinada, y cuyas ondas repercutirían a futuras generaciones que profundizarían, recrearían y transformarían sus postulados.

En el siglo XIX se comenzó a analizar la memoria desde la psicología como un proceso mental gracias a trabajos como “Las Enfermedades de la Memoria” de Ribot (1839-1916) y “Principios de la Psicología” de William James (1842-1910), los cuales desprendieron a la psicología de la filosofía, permitiendo una rigurosidad científica. Postulados que generarían ulteriores estudios que se preocuparían por la memoria, que demostrarían la precariedad intelectual que se tenía sobre el concepto de memoria y que despertaría una preocupación creciente sobre el tema. El estudio de la memoria en el siglo XX y XXI ocuparía un lugar importante dentro de los ámbitos científicos; se producirían alrededor del ella, desde teorías del psicoanálisis de Freud (las cuales se interesaron por la memoria y el olvido) hasta técnicas de neuro imagen que intentan develar el funcionamiento de la misma tales como el psicoanálisis (el cual se interesó por la memoria y el olvido) hasta técnicas de neuroimagen (que permiten el estudio del cerebro desde un énfasis científico) (Villar, 2014)

El avance tecnológico humano ha permitido recrear una imitación de la propia capacidad innata para recordar y se encuentra en la informática. Esta ciencia ha logrado el desarrollo de múltiples tipos de memoria tales como los discos ópticos, los discos duros y la memoria RAM, los cuales almacenan grandes cantidades de información digital.

En la actualidad, el estudio de la memoria humana ha dado pasos agigantados gracias a la tecnología. Se reconocen características innatas y adquiridas de la memoria, así como enfermedades que la afectan y que eran antaño desconocidas

1.2 Aproximación del concepto de Historia

La historia, al igual que la memoria, se puede analizar dependiendo del enfoque cognitivo con el que se quiera relacionar. Una definición general la aporta Bloch (1982) el cual dice que “la historia es la ciencia de los hombres en el tiempo”. Es el conjunto de hechos protagonizados por el hombre en el pasado. La historia no se limita a tratar asuntos puramente humanos, aborda cualquier asunto que esté ubicado en una línea de tiempo, organizado cronológicamente y que sea reconocible universalmente. Sin embargo, al ser una invención humana, el estudio histórico se inclina a registrar los acontecimientos de los seres humanos a través del tiempo; Sánchez Jaramillo (2005) afirma que

...Historia es un concepto que se entiende sólo a partir del hombre o de asuntos relacionados con él, porque con respecto a las medidas humanas, la historia de la naturaleza tiene un curso muy lento, en tanto que para la historia humana la repetición de lo idéntico constituye un aspecto central, este aspecto contradictorio hace que la naturaleza sea ahistórica

Tal como se planteó en los orígenes de la memoria, el concepto de historia proviene de igual forma de los griegos. La historia era de una de las pocas ciencias o artes que se representaban a través de una musa, denotando la profunda importancia que la cultura griega rendía a la que se creía una guía celestial. La musa Clío era la encargada de llevar el registro de la historia (representada con un papiro que sostiene en su mano derecha en la mayoría de esculturas que la personifican). Historiadores griegos como Heródoto, padre de la historiografía y Tucídides, iniciador del rigor histórico, comenzarían el arduo trabajo de documentar los hechos de los que eran testigos y que eran de mayor relevancia para la época. Desde poderosos reinados hasta desastres naturales que ellos denominaban “castigos divinos”; sus escritos narraron con precisión hechos concretos de la forma más fidedigna posible.

Sin embargo, no fue sino hasta el siglo XVIII con obras como las de Vico y Herder, que la historia cogería notabilidad más allá de ser una simple herramienta de registro, convirtiéndose en objeto de interés para la ciencia y la filosofía; ya no solo para desmarcarse de un pasado mítico sino

también para evaluar, analizar, teorizar y determinar hasta qué punto la humanidad ha avanzado y ha cambiado en la línea de tiempo que propone un determinado rigor histórico.

El ser humano ha necesitado estructurar y evidenciar los hechos que le han acontecido en épocas pasadas. Documentar de la forma más realista posible y con la información pertinente y necesaria los eventos relevantes y trascendentales, que marquen el recorrido mismo del ser humano en su existencia cómo ser individual y social. En su acepción más idealista, La historia es una ciencia que abarca o engloba hechos concretos, específicos, que pretende y busca la objetividad y la veracidad, despreciando la ambigüedad y hasta cierto punto generalizando las visiones de mundo.

(...) así como las ciencias empíricas han crecido a partir del conocimiento del sentido común, la historia lo ha hecho a partir de la tradición; y como la ciencia es algo más que el sentido común organizado, también la historia es algo más que la tradición con conciencia de sí misma que requiere actitud crítica por parte del historiador. (Sánchez Jaramillo, 2005)

El historiador no enfocará sus esfuerzos en las verdades y los puntos de vista particulares, las versiones subjetivas de un hecho concreto o los relatos inmersos en el denso mar de la memoria. El historiador busca verdades generales, empíricas, que se puedan demostrar o verificar desde múltiples perspectivas y que no den paso a imprecisiones, cuestionamientos y casualidades.

La historia es, tal como reza el título del trabajo de Ortega y Gasset (1935), un sistema. El mismo autor la denomina una “ciencia sistemática de la realidad radical” reconociendo la importancia de la misma en la construcción de una sociedad civilizada. La lengua como constructo cultural es un diáfano ejemplo del poder de la historia frente a los hechos culturales y sociales. Limitándose solo a la real academia de la lengua española (RAE), (se podrían dar varios ejemplos donde la historia es regente y directriz: la constitución de un país, un currículo empresarial, un proyecto educativo institucional, entre otros) se encuentra en ella la

determinación de solo reconocer las palabras que han sido universalmente aceptadas a través del tiempo, que han sido avaladas a través de un recorrido histórico y que su conocimiento no se limita al uso de unos pocos sino que se concibe de forma generalizada y universal. No ha sido hasta años recientes que la RAE ha expandido sus matrices lingüísticas utilizadas para analizar el bagaje Lingüístico de una región y reconocer palabras de colectivos minoritarios, que han permanecido ocultas, ya sea por factores políticos, sociales, raciales y que la historia ha relegado a un tipo de olvido, el olvido social.

Aunque las palabras anteriores hayan sonado fuertes con respecto al concepto de historia y pueda interpretarse como una herramienta de las hegemonías e instituciones para operar, modificar y amañar al antojo hechos históricos para lograr propósitos privados (de hecho la memoria es susceptible al mismo tipo de manipulación) lo cierto es que el concepto en sí mismo escapa y se exime de toda culpa, debido a que, como cualquier creación humana, su función se verá limitada a las manos que la operen. “la historia, lo mismo que la poesía, es un órgano del conocimiento de nosotros mismos, un instrumento indispensable para construir nuestro universo humano” (Cassirer, 1968)

En concordancia con lo anterior, el mismo Cassirer tiene un punto de vista interesante frente a la noción de hecho histórico. Una reflexión que va en sintonía del concepto mismo de memoria histórica. En su libro *Antropología filosófica*, Cassirer reconoce al hecho histórico como resultado de un estudio científico demostrable, no obstante, ve en el papel del historiador al de un transmisor, una persona encargada de rememorar y dar a conocer al mundo conocimiento pasado, olvidado. Una especie de “profeta a la inversa” tal como cita a Schlegel el propio Cassirer.

Parece lógico aceptar que cada construcción de la historia sea tributaria del marco cultural, social, político e, incluso histórico, en que es producida, y que en general la implicación – la intervención– del historiador en relación con el objeto que estudia es alta. Pero, precisamente, esta conciencia crítica que señala el valor relativo y cultural de cada historia, es tributaria del desarrollo de la historiografía a lo largo del siglo XX, la cual, a medida que se

autonomiza de la tutela estatal, delinea nuevos métodos y objetivos, por fuera de la historia nacional (Carretero, 2007, 33)

El historiador no puede evadir el hecho de que mientras se esté hablando de eventos pasados, los cuales no pueden ser evidenciados en su totalidad mediante estudios empíricos, debe recurrir al recuerdo, a la evocación; en lo que en palabras de Cassirer se denomina “una idealización del recuerdo” para explicar acontecimientos que de otra forma quedarían enterrados en la arenas del tiempo.

1.3 Memoria Histórica: Orígenes de una contradicción necesaria

El nacimiento del concepto de memoria histórica ha sido objeto de debate desde su propia concepción debido a la multiplicidad de posturas ideológicas que permean el origen de su significado y a la conjunción entre dos conceptos aparentemente dispares: la memoria y la historia. Sin embargo, para este trabajo se hace indispensable tener claridad sobre que es memoria histórica y a que acepción de la misma se puede acudir al momento de relacionarla con la obra en cuestión (La forma de las Ruinas).

La noción de memoria histórica es antigua. Se puede rastrear una prematura concepción de la misma desde las pinturas rupestres, la preservación de tradiciones culturales y la transmisión de conocimientos por medio de la oralidad en la antigüedad. Ya desde los primeros hombres hasta civilizaciones más avanzadas como los babilonios o los egipcios se encontraba una preocupación latente por conservar su cultura por medio de la memoria de su gente y la comunicación de la misma a futuras generaciones; de ahí que se encuentren inscripciones, monumentos, templos etc., que pretenden ser memorandos, recordatorios de culturas que fueron engullidas por el tiempo mismo y que se pueden conocer gracias a su legado (Villar 2014).

En este sentido, Borrero (2010) señala:

El largo y ancho, de lo recorrido por las civilizaciones humanas en el planeta tiene que

ver con el contrapunteo entre historia, memoria y entendimiento, o interpretación. De tal modo, el escrutinio de lo que los pueblos eligen recordar o perpetuar (las más de las veces obligados, en realidad, por sus gobernantes), nos revela todo el poder del uso político de la historia, algo persistente desde que ésta existe (con toda suerte de tergiversaciones impuestas a la forma en la que se evocan los hechos). Ya en tiempos de la roma republicana se conocía la *Damnatio memoriae*, “que buscaba destruir cualquier clase de vestigio o recuerdo del enemigo del Estado, incluyendo la prohibición de citar su nombre”

En el hecho mismo de querer preservar una identidad y custodiar sus tradiciones, hay atisbos de una memoria histórica como preocupación social y cultural. Su creación como concepto solo se da en el siglo XIX a raíz de fenómenos sociales como las guerras, las divisiones geográficas de países y los conflictos políticos. La significación del término de memoria histórica depende de su contexto (ya que nace de la sociedad misma) y de lo que se quiere relacionar con él. En concordancia con esto último, Carretero (2007) indica:

Ahora bien, podemos preguntarnos hasta qué punto es posible aspirar a una historia objetiva, no sesgada. Podemos, por cierto, no sólo dudar, sino incluso afirmar que los hechos históricos no son acontecimientos sino construcciones a partir de ciertos sucesos que sólo adquieren un sentido en el interior de sistemas más amplios de comprensión del mundo. Así, no sería extraño, sino esperable, que la historia escolar alemana presentara una visión del nazismo muy diferente de la de los ingleses o los israelíes; que los manuales estadounidenses narren la guerra de Vietnam de un modo y los vietnamitas de otra; que los argentinos y los chilenos presenten versiones opuestas sobre la construcción de su territorio y demás, aun cuando el mismo razonamiento es totalmente inaplicable a las matemáticas, a la biología e, incluso, a la geografía.

A pesar de que las posturas e investigaciones sobre el concepto de memoria histórica han divergido a través del tiempo en diferentes líneas de pensamiento, el núcleo del concepto no varía demasiado en los múltiples postulados que integran una aproximación a la noción básica del mismo.

La idea de una memoria histórica no es nueva, como se observó anteriormente. Sin embargo, su uso como herramienta de reivindicación social empezaría como un producto de la inconformidad de la masas nacida en la llamada “era de las revoluciones” (revolución industrial, revolución burguesa y revolución liberal).

Mucho se ha hablado sobre memoria histórica. Autores distantes en tiempo y pensamiento como Pierre Nora y Maurice Halbwachs han construido sobre el concepto de memoria histórica desde distintas perspectivas pero sin apartarse demasiado de su núcleo semántico. Con esta premisa, se abordarían las dos posturas que pululan alrededor del concepto: iniciando con las posiciones antagónicas: posturas que no conciben una unión entre dos conceptos opuestos; para después, dar paso a autores que pretenden recrear un lugar en común para la memoria y la historia: posturas que buscan una relación sincrónica y simbiótica; todo esto con el propósito de tener una visión amplia del recorrido conceptual de la memoria histórica.

Para Maurice Halbwachs (muerto en un campo de concentración nazi y uno de los primeros en hablar sobre una memoria social) el concepto es contradictorio en sí y prefiere acogerse al concepto de memoria colectiva (dos conceptos cuyo límite semántico es bastante difuso y ambiguo, él mismo confundía ambos y los utilizaba en función del otro sin mayores consecuencias) sin embargo acuñará varias cuestiones en sus postulados sobre memoria colectiva que, paradójicamente, darían pie a la acepción actual de memoria histórica, concepto al que Halbwachs se refiere de forma parca, por encontrarlo disímil epistemológicamente.

De memoria histórica, Halbwachs dice que es una memoria social, exterior, la cual se encuentra exenta de la intervención de nuestra memoria personal o autobiográfica y contiene partes del pasado que se presentan de forma esquemática y resumida; es la reconstrucción de los datos facilitados por el presente de la vida social y proyectada en el pasado reinventado (Halbwachs, 1968). En su obra póstuma *Memoria Colectiva*, Halbwachs afirma en relación a la memoria histórica:

Las fechas y los acontecimientos históricos o nacionales que representan (ya que así es como los entendía Stendhal) pueden ser totalmente exteriores a las circunstancias de nuestra vida, al menos en apariencia; pero, más tarde, cuando reflexionamos sobre ellos, «descubrimos muchas cosas» , «descubrimos el porqué de muchos acontecimientos» (Halbwachs,58)

En sintonía con Halbwachs, Paloma Aguilar (2008), profunda conocedora del conflictivo pasado español, mantiene una postura similar afirmando que aunque la memoria histórica es una herramienta social contra la represión de las políticas de la memoria, permitiendo que haya vía libre para que se debata sobre los múltiples olvidos sociales, dista mucho de ser un término “correcto” debido a que no concibe una unión entre recuerdo y hecho histórico:

La memoria histórica se circunscribe en la interpretación (no recuerdo) del pasado que comparten de forma mayoritaria los miembros de un grupo [...] que disponen de un sentimiento de identidad común (familiar, profesional, de género, local, nacional, etc.) [...] que se habrá ido construyendo sobre la base de dichas interpretaciones compartidas”. Memoria e historia, recuerdo y conocimiento, no ocupan los mismos espacios. Sabemos que “donde la historia pretende una reconstrucción sabia y abstracta” del pasado y mantiene su pretensión “crítica y laica” sin aceptar que se le vede ningún terreno, la memoria está sometida a una cambio permanente, inducido por las exigencias del presente, [...] quien lucha por conocer el pasado es la historia, no la memoria. La historia se aprende no se recuerda (Camus García, 2010).

Otros detractores de “las reivindicaciones memoriales” desprecian el concepto de memoria histórica en favor de una rigurosidad crítica de la historia, a lo que Ricoeur señaló que si la historia opera una “irrupción crítica” en el “campo de autocomplacencia de la memoria”, de cualquier manera la memoria permite al historiador traspasar una visión puramente retrospectiva del pasado y encontrarlo como un presente que “ha sido” (Montaño, 2008)

En contraposición con los autores anteriores y considerado como uno de los padres del concepto de memoria histórica en su acepción más reciente, Pierre Nora, historiador francés, acuñaba el

término en el libro *Les Lieux de mémoire* (1984) (una extensa obra dividida en siete volúmenes) para ejemplificar como la historia nacional francesa esta permeada en todo momento por la memoria de sus ciudadanos, siendo de allí donde se originan las señas de identidad francesa. Influenciado por autores como Ricoeur y Halbwachs (las influencias de este último se entrevén en el pensamiento relacionado con lo social en Nora), el célebre autor francés propone a la memoria como “un patrimonio” y no como un ente vivo, debido a que se ido perdiendo en la sociedad la transmisión directa de memoria (en este punto se puede hablar de una predominancia de la historiografía frente a la memoria, tal como lo señala el mismo Ricoeur en *La Memoria, La Historia y El Olvido* (2004)) y en su lugar han emergido “figuras” que la sustituyen. Nora (2004) señala las siguientes:

De la “memoria aprehendida por la historia” se pueden señalar tres expresiones:

- 1) la memoria-archivo: el reino del archivo (“hay que guardar todo”);
- 2) la memoria-deber: la conversión de la “memoria en la psicología individual” (el famoso “deber de memoria”: “no olvidar los acontecimientos del pasado”, pues, como la memoria ya no es transmitida de manera natural, se debe crear el imperativo, aunque sea individual, de difundirla)
- 3) la memoria-distancia: de tener un pasado de fácil acceso se salta a un pasado que se vive como fractura.

Preocupado de que la conciencia de una memoria viva se esté perdiendo, Nora toma estas “figuras de la memoria” para plantear el concepto de memoria histórica, un concepto que subsane la relación rota entre historia-memoria y que promueve los *Lieux* (lugares de la memoria que traen “el pasado” “al presente”; construcciones simbólicas que permiten rememorar, recordar) como pilares fundamentales en la construcción de una identidad nacional. A propósito de Nora, Montaña (2008) refiere:

Los *Lieux* resultaron fundamentales, al proponer una novedosa manera de hacer la historia de las representaciones, no de los acontecimientos, una historia que pone

énfasis en lo simbólico, una historia de la memoria sedimentada en símbolos. Una historia que parte de la ruptura y no de la continuidad, una historia de fragmentos o de historias fragmentadas: no es un gran relato de la nación. Si bien se observan los lazos estructurales con la historia nacional, esta forma de escribir la historia también es aplicable a las historias-memorias de las etnias, clases y oficios. Y es que, de hecho, se trata de una historia que pone énfasis en los actores y las representaciones: no pretende conocer la “realidad” de los sucesos pasados (pues no le interesa el “acontecimiento” en sí), sino las que han sido y son las creencias y representaciones alrededor de ese pasado.

La empresa de Nora fue extremadamente importante en los estudios de la memoria social. Buscó relaciones en vez de oposiciones. Si bien la historia se enfoca en las diferencias y la memoria en las semejanzas (como profesaba Halbwachs), para Nora, esto no fue un impedimento al formular su teoría de los lugares de la memoria debido a que esta funciona como un aliciente directo e indirecto en la tarea de rastrear un acontecimiento histórico. La historia hace su labor de registro humano cuando la memoria se ve incapacitada para hacerlo y también funciona en sentido contrario. De esta premisa fundamental se alimenta la memoria histórica

Elizabeth Jelin, (2002) estudiosa de la situación latinoamericana y fuerte defensora de las políticas de la memoria, influenciada por el pensamiento de Pierre Nora, propondrá un enfoque adaptado a los acontecimientos sucedidos en esta región del mundo e integrará este concepto en la búsqueda de soluciones y reivindicaciones en las problemáticas surgidas de los conflictos sociales y las manipulaciones de hegemonías ávidas por la supremacía de las masas.

Para ella la memoria histórica estará ligada a las catástrofes sociales (eventos traumáticos ocasionados por las dictaduras, las guerras y los conflictos políticos). La autora plantea “historizar la memoria” buscando que la dinámica histórica de la memoria sea analizada y estudiada. Es así como la autora se decanta por una postura abarcante donde la memoria y la historia no tienen por qué plantearse como conceptos opuestos, sino que su relación es más de

índole simbiótica, de colaboración:

En síntesis, no hay una manera única de plantear la relación entre historia y memoria. Son múltiples niveles y tipos de relación. Sin duda, la memoria no es idéntica a la historia. La memoria es una fuente crucial para la historia, aún (y especialmente) sus tergiversaciones, desplazamientos y negaciones, que plantean enigmas y preguntas abiertas a la investigación. En este sentido, la memoria funciona como estímulo.

El debate cultural se mueve entre distintas interpretaciones y posturas. Quienes destacan el lugar de la memoria como compensación a la aceleración de la vida contemporánea y como fuente de seguridad frente al temor u horror del olvido (expresado con un dejo de nostalgia por Nora, al lamentarse por la desaparición de los *millieux de memoire* y su reemplazo por los *lieux*) parecerían ubicarse en el lado opuesto de aquellos que se lamentan por esos pasados que no pasan, por las aparentes “fijaciones”, retornos y presencias permanentes de pasados dolorosos, conflictivos, que resisten y reaparecen, sin permitir el olvido o la ampliación de la mirada (Todorov, 1988))

En la elaboración de la agenda de la investigación histórica. Por su parte, la historia permite cuestionar y probar críticamente los contenidos de las memorias, y esto ayuda en la tarea de narrar y transmitir memorias críticamente establecidas y probadas.

Por otra parte, Jelin (2002) refiere que “‘como se recuerda, se olvida’”. Surge la ansiedad y la angustia que suscita la posibilidad del olvido dado que es una amenaza a la identidad. La memoria histórica evita que el olvido concebido por el transcurrir del tiempo, erradique los hechos que han marcado (en su mayoría de forma traumática) a personas que han hecho parte de una situación catastrófica particular.

Aproximándose al contexto colombiano, Borrero (2010) destaca la importancia del despertar de una conciencia histórica, citando a Myriam Amparo Espinosa, en su texto "El papel de la memoria social en el cambio de imaginario político local y nacional, Cauca 1970-1990"

La autora resalta cómo el caudillo indígena Quintín Lame advirtió que la “escritura encubre, descubre y conserva; por eso escribió su versión de la historia que contrasta con la de cronistas y funcionarios imperiales”. Muchas veces el europeo retrató al indio como mera bestia o inferior. Aun así, los intentos de enmendar la plana a la injusticia comportan siempre algún grado de esterilidad pues el hecho histórico no está exento de infidelidades y anacronismos, tal cual señalan historiadores como Eric Hobsbawm (quien inspecciona los dispositivos mediante los cuales se inventan tradiciones) (Cf. “Memoria histórica”, 2008) y Jon Juaristi (quien demuestra cómo los mitos de origen son manipulados desde un punto de vista nacionalista)

Borrero, en su *Aproximación al concepto de Memoria Histórica en el contexto de la Desaparición Forzada y los Derechos Humanos* (2008), llega a la conclusión de que la memoria histórica es una herramienta para la reparación, reivindicación y rememoración de grupos marginados (nótese la utilización del prefijo re en los términos, que resalta la traída al presente de elementos ocurridos en el pasado y que necesitan reparación, solución y exoneración:

Las diversas fuentes consultadas muestran que, como categoría de análisis, la memoria histórica en el tiempo presente, ha sido muy importante en años recientes para la reconstrucción de sus propias trayectorias, por parte de grupos sociales sometidos a procesos de invisibilización o enmudecimiento; acontece así, con los colectivos femeninos, las negritudes, los indígenas, las etnias minoritarias, las culturas colonizadas, los trabajadores desfavorecidos y aquellos grupos políticos opositores perseguidos por los estados. En este sentido la reparación de la memoria deformada por procesos de ocultamiento rebasa la tarea investigativa y se superpone con el activismo social, en tanto trabajo de “desmitificar estereotipos y verdades dadas, profundamente arraigadas en la cultura dominante” (Ibídem). En últimas, la memoria histórica, permítaseme decir para cerrar este apartado, tiene que ver con la forma y el sentido de aquellos trazos de sus trayectos (pasado y pasado reciente) con, sobre y desde los cuales un individuo o una colectividad construyen, deconstruyen o reconstruyen sus proyectos y fundamentan sus identidades. Por ello, en todo el mundo contemporáneo, santuarios y foros de la memoria sirven de espacios políticos, culturales e investigativos para la cimentación de identidades sociales.

1.4. La literatura y la memoria histórica

La conexión entre literatura y memoria histórica es estrecha. Doblas (2011), menciona, citando a Colinas: lleva razón Antonio Colinas cuando nos dice que «en esencia, toda la literatura que se hace es literatura de la memoria». Las novelas históricas posteriores a la segunda guerra mundial, las narraciones que refieren los horrores de la guerra civil española, obras latinoamericanas que dan cuenta de los problemas sociales dentro de un creciente auge de las artes literarias, son muestras de una preocupación latente por el pasado, versiones apócrifas de los hechos ocurridos que gritan las injusticias cometidas a aquellos que no pudieron decir nada, voces reprimidas por maquinarias ocultas.

White (2005) reflexiona planteando que es la textualidad la que le da sentido a la historia. Con el discurso histórico, el hombre dota de significado a la experiencia del tiempo.

El concepto de memoria histórica ha estado mezclado (e incluso fusionado) con la literatura. La escritura memorialista, Los epistolarios, los dietarios, los diarios de viaje, recogen el contexto histórico, geográfico, social y cultural del momento en que fueron escritos y guardan la memoria, no sólo del autor de esos textos sino de la comunidad a la que perteneció. Los escritos estarán sujetos al tiempo en el que se crean, funcionando como memorandos, como relicarios que Así pues, la literatura, además de darnos acceso a las interioridades del alma humana, también nos permite conocer lugares y hechos, que forman parte de la trama, ya sea mediante personajes, atmósferas o escenarios. Dmillat (2009)

Pero es desde la concepción de la propia novela histórica (el escocés Walter Scott escribe la primera novela de este género) donde se respiran atisbos de una conciencia pretérita (Cruz, 2013) y que como dice la frase de Milán Kundera en su novela *El libro de la Risa y el Olvido* refiriéndose a la supremacía de la las letras (pág.2, 1978) “la lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido” nos da pistas sobre hacia dónde va encaminada la

labor social que cumple la literatura.

Volviendo a Scott, el escritor escocés procuraba rescatar un pasado que lentamente estaba cayendo en el olvido, quería llamar la atención de la sociedad y lograr una especie de “recuperación nostálgica” de eventos que se diluían en el tiempo. Scott sentía la necesidad de relatar los hechos históricos, pero sin transgredir o cambiar el hecho histórico *per se*, solo añadiendo su punto de vista de los acontecimientos de un pasado que podía resultar parco o ambiguo., Las herramientas ficcionales utilizadas funcionan como un elemento enriquecedor, que proporcionan perspectiva y una visión crítica de una historiografía que puede resultar “ingenua e inocente”. (Hegel, 1832).

El escritor cumple la doble función de ser narrador e historiador. Nietzsche comparte esta visión al decir que un historiador debe pensar dramáticamente y que su labor no se limita solo a revelar los hechos históricos (pensamiento que continuaría Cassirer), de hecho, va más allá, al decir que el valor de la historiografía reside más en “imaginar” variaciones ingeniosas de los hechos históricos, que en realizar búsquedas exhaustivas o generalizaciones sobre una historia que ya estaba allí, enmoheciéndose por un Cronos inflexible. Al respecto, Cruz (2013) dice:

En suma, tanto Hegel como Nietzsche consideraban que la labor del historiador es una forma de arte literaria; más concretamente, consiste en una intuición poética de lo particular. Para ambos, la labor del historiador es tanto una invención como un hallazgo de los hechos históricos. Además, la invención, o poesis, más que una forma del conocimiento, es para ellos la base de todo conocimiento (científico, filosófico, etc.)

La facultad de recordar provee al escritor de una influencia histórica para contar sus narraciones que, a su vez, expande una libertad creativa que lo lleva a construir mundos, donde la línea entre memoria e historia se vuelven difusas. White, en *Metahistoria* (2005) invita a los historiadores a buscar las raíces de su disciplina en la imaginación literaria, la cual ayudara a

entender de una forma cohesiva el concepto de historia como proceso.

Burger (2008) sospecha que la ficción es el medio para una reflexión sobre la situación del individuo en la sociedad. En el esteticismo, la temática pierde importancia en favor de una concentración siempre intensa de los productores de arte sobre el medio mismo.

Como tal el concepto de memoria histórica no ha sido el objetivo de los escritores de novelas y cuentos, de hecho, se podría decir que el concepto aflora como consecuencia de otros temas relacionados con fenómenos de índole social. Es así como el concepto de memoria histórica dentro del mundo de la literatura es ambiguo, debido a que tiende a ser mezclado, truncado y malinterpretado con temas parecidos o relacionados. Se crea una especie de simbiosis donde se hace realmente difícil separar la memoria histórica del relato literario, ya que, o no es visible de forma evidente (no se menciona de forma directa) o impregna todo el mensaje de la obra, por lo que se hace imposible lograr una separación del concepto mismo. En consecuencia con lo anterior, la novela histórica ha sufrido críticas similares a las del concepto de memoria histórica. Los detractores (en su mayoría historiadores) restan importancia y validez al relato literario que combina ficción con hechos reales, denominándolo, en el mejor de los casos, como “verdad a medias” o “relato ambiguo”. Sin embargo, tal como lo señala Doblas (2011), no existen posiciones radicales cuando se habla de literatura e historia. En lugar de extremos, hay matices:

Alguno podría objetar que la literatura trabaja con ficciones y no con hechos reales como la historiografía, pero esa doble afirmación no es así del todo en ninguno de sus dos extremos. Aquí también podemos decir que realidad, literatura e historia se relacionan siempre de forma conflictiva y compleja. La literatura, por un lado, desde su campo específico ha prestado su voz para crear la narración histórica, algunas veces recreando hechos reales contados de forma literaria y otras creando ficciones, relatos inventados, pero empapados de un realismo, de un tiempo y un espacio históricos que a veces, al igual que decíamos con los personajes literarios, son más reales y sustanciales que muchos de los acontecimientos que verdaderamente pasaron.

La Novela histórica surge (sería más preciso decir que emerge una conciencia histórica) en Latinoamérica en el siglo XX, como respuesta y protesta al olvido sistemático de hechos sociales relevantes y sensibles auspiciado o directamente originado por influencias exteriores (ideologías conservadoras, regímenes dictatoriales o medios de comunicación manipulados). La literatura lucha contra el olvido e intenta ser el reemplazo de la historiografía cuando está no puede adentrarse más allá del mero dato histórico (Doblas, 2011). Se pueden rastrear atisbos de una memoria histórica en novelas como la vorágine de José Eustasio Rivera o Manuela de José Eugenio Díaz. Posteriormente, en los inicios de las vanguardias americanas, surgió toda una amalgama de autores y textos que marcaban la llegada de la inminente modernidad. Autores como Luis Vidales o Roberto Arlt enfocaron sus esfuerzos en un arte comprometido; distanciados de la consigna renacentista de “arte por el arte”, buscando una identidad latinoamericana y delimitando sus esfuerzos hacia una conciencia social. Tiempo después y enarbolando las consignas de sus compañeros vanguardistas, los escritores del Boom Latinoamericano fueron los encargados de generar una nueva narrativa social, que mezclaba relato autobiográfico con hechos históricos importantes, hechos que marcaron la sociedad de su momento. Autores como Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa relataron sus historias desde una fuerte conciencia histórico-social.

Y sin embargo, eso era lo único que me interesaba a mí de la lectura de novelas: la exploración de esa otra realidad, no la realidad de lo que realmente ocurrió, no la reproducción novelada de los hechos verdaderos y comprobables, sino el reino de la posibilidad, de la especulación, o la intromisión que hace el novelista en lugares que le están vedados al periodista o al historiador. (Vásquez, 2015:05)

Mezclando elementos ficcionales con hechos reales, estos autores criticaron toda una sociedad sospechosamente olvidadiza y reaccionaron a los cambios generados por la modernidad, a las arbitrariedades producidas por gobiernos corruptos, a las luchas ideológicas partidistas, etc. En resumen, escribieron sobre todo su entorno, (su presente) sobre el contexto en el que les tocó vivir, observando y estructurando una identidad latinoamericana, que ha

trascendido y ha cimentado las bases culturales del presente. En palabras de Paul Ricoeur, “La memoria no es el evento de un recuerdo pasado, sino una construcción narrativa que se elabora desde el presente y permite reconfigurar el sentido del pasado” (Blair, 2005)

Un factor diferenciador entre la narrativa latinoamericana y la extranjera en relación con la novela histórica es la utilización de la gente del común para denotar problemáticas sociales. Ya no son los poderosos políticos o los aguerridos militares los encargados de llevar la batuta histórica, el interés recae en la persona de a pie, el ciudadano común y corriente, que vive el día a día en las calles de los sectores menos favorecidos de la urbes industrializadas. Cruz (2013) señala:

La nueva narrativa se diferencia de la narrativa de los historiadores tradicionales en varios aspectos. Esta nueva narrativa se interesa por las vidas y los sentimientos del hombre común, más que por los del hombre grande y poderoso. Asimismo, revaloriza nuevas fuentes, y en su intento de comprensión de la realidad humana, intenta explorar también el subconsciente, en busca del sentido simbólico que este esconde en relación con los procesos históricos; es decir, cuenta la historia de una persona o un episodio dramático no por sí mismo, sino para esclarecer las dinámicas sociales y su pasado.

Es así, como surge la necesidad de especificar cuáles son los alcances del concepto de memoria histórica dentro de una obra de corte histórico-social y tan cercana al contexto colombiano como *La Forma de las Ruinas* y los trabajos de Jelin sobre la memoria son bastante próximos a lo que pretende este trabajo. La memoria histórica es una de las reflexiones literarias más presentes en la obra de Vásquez, quién, de paso, es un coleccionista de anécdotas de época y literarias.

Las interpretaciones alternativas (inclusive rivales) de ese pasado reciente y de su memoria comienzan a ocupar un lugar central en los debates culturales y políticos. Constituyen un tema público ineludible en la difícil tarea de forjar sociedades democráticas. Esas memorias y esas interpretaciones son también elementos clave en los procesos de (re)construcción de identidades individuales y colectivas en sociedades que emergen de períodos de violencia y trauma. (Jelin, 2002; 05)

La memoria alcanza un protagonismo sin precedentes en la historia contemporánea de la obra, y por tanto, del país. Hoy más que nunca, el pasado se ha convertido en objeto de disputa y el presente en un escenario para el recuerdo y la reivindicación.

2.0 La novela de Juan Gabriel Vásquez: un viaje expiatorio al pasado

Antes de empezar con el análisis a profundidad del concepto mismo dentro de la novela, se hace necesario conocer, aunque sea de forma superficial y general, la vida y obra del escritor: Juan Gabriel Vásquez. Es importante indagar en la vida personal del autor y su trayectoria profesional para entender las razones que lo llevaron a escoger el camino de la pluma, las influencias detrás del pensamiento de sus obras, y el porqué de estas elecciones literarias. Una de las formas de alcanzar una comprensión general y abarcante de una obra en cuestión es reflexionando sobre el papel del autor en su obra y como esta se ve permeada por las opiniones subjetivas y la visión de mundo de su creador. Esto último se agudiza con más intensidad en una obra con un corte tan marcadamente autobiográfico como lo es *La forma de las Ruinas*.

2.1 Vida y obra de Juan Gabriel Vásquez

Juan Gabriel Vásquez nace el 1 de enero de 1973 en Bogotá. Hijo de una familia acomodada, el niño Juan crece rodeado de libros, que despiertan en él una curiosidad literaria que seguirá cultivando el resto de su vida.

La infancia es ese país pretérito que un día perdimos y que inútilmente queremos recuperar habitándolo con recuerdos difusos o que no existen y que por lo general no son más que sombras de otros sueños. Por eso queremos convertirnos en notarios de la memoria del hijo. (Vásquez, 2015:134)

Sus padres, Alfredo Vásquez y Fanny Velandia, dos abogados bastante reconocidos en su época, eran lectores recurrentes, que veían orgullosos como Juan se sentaba largas horas del día y parte de la noche a leer las obras que tenían en su biblioteca personal. Juan Gabriel desarrolla su habilidad literaria en el círculo de ávidos lectores que era su familia:

Según suele recordar en entrevistas, a los ocho años escribe su primer cuento y a los nueve su padre le hace traducir del inglés una biografía de Pelé. Educado en un colegio inglés, Vásquez crece rodeado de libros anglosajones. De adolescente devora, entre otros libros, las grandes novelas del boom latinoamericano y de la literatura anglosajona de la primera mitad del siglo veinte –Joyce, Hemingway, Fitzgerald–. Años después estos dos polos, la tradición latinoamericana y la literatura en lengua inglesa, han de ser influencias mayores en su propia obra (Vervaeke, 2013)

Aunque no elige la vocación de escritor, prefiere seguir con la tradición familiar y estudiar la carrera de Derecho de la cual se aburre gradualmente. No obstante termina la carrera y se gradúa con una tesis titulada *La venganza como prototipo legal en La Ilíada*, la cual sería publicada años más tarde por la Universidad del Rosario. Al ser una novela, en parte, autobiográfica, Juan Gabriel Vásquez, el protagonista de *La forma de las Ruinas* narra un episodio de su pasado como estudiante de derecho donde, estragado de las densas leyes y de los grandes clásicos griegos y latinos, se escapa de las clases y se va a un café cercano de su Universidad a leer a sus autores favoritos, entre los que se cuentan las novelas de Hemingway y los cuentos de Borges:

(...) durante los tedios inefables de Procesal o de Bienes comencé a ocupar los pupitres de la última fila del aula, y allí, protegido por los cuerpos abigarrados de los otros, sacaba un libro de Borges o de Vargas Llosa, o de Flaubert por recomendación de Vargas Llosa, o de Stevenson o Kafka por recomendación de Borges. (Vásquez, 28; 2015)

(...) muy pronto llegué a la conclusión de que no valía la pena asistir a clase para poner en escena ese elaborado ritual de impostura académica; empecé a faltar, a perder mi tiempo jugando billar y hablando de literatura. (Ibídem)

(...) a finales del segundo año de carrera comprendí algo que llevaba varios meses incubándose: que mis estudios de Derecho no me interesaban ni me servirían de nada, pues mi única obsesión era leer ficción y, finalmente, aprender a escribirla. (Ibídem)

Después de su paso por la carrera de Derecho, Vásquez enfoca sus esfuerzos en su verdadera pasión: la literatura. Obtiene varios contactos que le ayudan en su empresa literaria, entre los que se cuentan editores en revistas nacionales y escritores medianamente conocidos tales como Moreno Duran y Luis Sepúlveda.

Viaja a París y a Barcelona. En una primera instancia (poco después de haberse graduado) viaja a la ciudad Luz con el pretexto de estudiar el doctorado en literatura latinoamericana pero su verdadero propósito es encontrar recursos para empezar de lleno con su verdadera vocación: escribir ficción. Sin embargo no encuentra la ayuda esperada. Decepcionado por este inesperado fracaso, revisa y corrige su primera novela: *Persona* (rechazada inicialmente por las editoriales pero finalmente aceptada por una pequeña editorial bogotana llamada Magisterio) Una pequeña novela que escribió en Colombia y que publicó antes de viajar a París, a la temprana edad de 23 años. Esta obra trata esencialmente las relaciones interpersonales, los amoríos superfluos y la infidelidad adyacente a las pasiones desmedidas. Es una novela contenida, intimista, que no profundiza en los conflictos sociales que aquejan a su lejano país. Con respecto a esto último Vervaeke, citando a García Londoño, comenta: “esta novela [...] sin ninguna clase de nostalgia por Colombia no puede juzgarse como una novela del exilio sino más bien como una novela del éxodo” (1989: 111-112).

Entre los años 1997 y 1998, Vásquez termina su segunda novela, *Alina Suplicante*, en París; con una temática similar a su primera novela. Esta nueva historia pretende extender el núcleo narrativo que ya expuso en *Persona*: los conflictos amorosos nacidos de las relaciones turbulentas. Sin embargo, a diferencia de la anterior obra, ya se encuentra en la misma atisbos de una conciencia histórica en relación con lugares que despiertan remembranzas o que son valiosos como monumentos pertenecientes a una cultura de la memoria, en este caso, una memoria geográfica. Su visión narrativa se expande hacia la urbe, la ciudad viva, y aunque sea de forma somera, casi decorativa e ilustrativa, el escenario empieza a tomar protagonismo. Las calles tienen nombres, los edificios tienen identidad, la ciudad no es anónima, los lugares físicos

tienen espacio en la obra para ser descritas, para ser parte activa de la narración:

Cuando Virginia llegó al cruce de la Jiménez con séptima, acababan de acordonar la plaza. Las mesas que marcaban su perímetro eran largas, enclenques, de mediana altura, como sacadas del comedor de un colegio, y las cubrían manteles de color verde militar. Sobre ellas, a todo lo largo, el espectáculo de cuchillos, manguales, revólveres, cachiporras, no era despreciable. (Vásquez 1999: 119)

Esta sería la semilla que provocaría posteriores acercamientos en profundidad hacia la memoria histórica de un país necesitado de un portavoz; un interés progresivo en los problemas de la madre patria y que germinaría en obras como *El Ruido de las Cosas al Caer*, *Los Informantes* y *la Forma de las Ruinas*.

Es importante profundizar un poco más en la cita anterior de García Londoño ya que delimita rasgos muy marcados de la novelística de Vásquez. Cuando se menciona la novela del éxodo se hace alusión a un periodo determinado de tiempo (periodo comprendido entre la salida de Vásquez de Colombia hasta su llegada a España) donde el autor no se interesa por temas relacionados con la compleja realidad de su patria, y esto se refleja en sus obras. Tal vez la infructuosa búsqueda de oportunidades literarias en su país y la ayuda insuficiente para su carrera literaria, sumado todo esto a una visión desinteresada y sesgada de su contexto más próximo, hicieron que Vásquez optara por alejarse de todo lo concerniente con Colombia. Por lo tanto es entendibles que sus menciones hacia su país sean parcas o incluso despectivas.

Persona y Alina suplicante son obras que manejan su propio mundo, su universo narrativo puede comprenderse desde cualquier lado del espectro hermenéutico debido a que no tienen una carga social tan marcada como sus obras posteriores. Sería tiempo después, en las denominadas novelas del exilio (que serían las que escribió en su estadía en Barcelona y tiempo después en Colombia) Vásquez desarrollaría en profundidad una conciencia crítica hacia la realidad social de su país.

Hay un punto intermedio o de transición entre la denominada “*novela de éxodo*” y “*novela de exilio*” en la obra de Vásquez, éstas englobarían desde pequeños cuentos y ensayos encargados por editoriales y periódicos hasta novelas que desarrollarían la madurez literaria del autor de forma paulatina. *El Mensajero*, es un cuento (casi imprevisto) que denota el conocimiento geográfico e histórico de Vásquez y que le abre puertas en el naciente contexto literario hispanoamericano del siglo XXI. El cuento llama la atención del editor Eduardo Becerra, que lo incluye en una antología que preparaba llamada *Líneas Aéreas*.

Es así como el joven escritor sorprende, a sus escasos veintiséis años, con una prosa fluida y bien construida que lo posiciona como una de las promesas literarias de la prosa hispanoamericana del siglo XX. La recopilación de cinco cuentos *Los Amantes de Todos los Santos*, cuya temática es la soledad y el desamor refuerzan la incipiente madurez literaria que Vásquez ha ido cultivando y no hace sino granjearle halagos por parte de escritores y prensa.

Después de su estadía en Bélgica y en Barcelona; donde sus obras empezarían a cobrar un cariz personal y autobiográfico. Vásquez decide afrontar la historia de su patria (y por ende de su niñez y juventud) “...me tomó diez años descubrir, gracias a Conrad y a Naipaul, que mi país podía ser material novelístico precisamente porque hasta el momento yo había sido incapaz de entenderlo, o, en otras palabras, precisamente por su condición de zona oscura”. (Vásquez 2009: 187) Escribiendo obras como *el ruido de las cosas al caer*, *los informantes* y *la Forma de las ruinas*, Vásquez finalmente esgrime sus dotes literarias para relatar la historia de su país desde una lente crítica y una opinión no carente de acidez e ironía. Una labor bastante oportuna y necesaria en un país como Colombia.

En su recorrido como escritor, Vásquez ha recibido múltiples premios y condecoraciones por sus obras. 'El ruido de las cosas al caer' ha sido galardonada con el International IMPAC Dublin Literary Award 2014, galardón creado en 1996 que premia a la mejor obra de ficción (escrita en inglés o traducida a este idioma) publicada en el año.

Con "El arte de la distorsión", una recopilación de ensayos literarios, entre los que se encuentra

el ensayo ganador del Premio Simón Bolívar en 2007.

3.0 Las Ruinas de una memoria nacional olvidada.

El punto álgido de este trabajo es el análisis del concepto de memoria histórica en *La Forma de las Ruinas*, una obra histórica y social, que no esconde sus intenciones reivindicatorias y que empatiza con el pasado de un país fuertemente golpeado por las crisis sociales, por actos terroristas indiscriminados, por gobiernos corruptos y por último, (pero no por eso menos grave) el olvido sistemático de eventos históricos que sacudieron las bases mismas de la sociedad. Un olvido que avanza como bola de nieve y que arrasa todo vestigio de una memoria colectiva (o histórica). Un olvido que puede estar condicionado por agentes externos (gobiernos, medios de comunicación) pero que también se origina en la apatía de la gente, en la necesidad de apartar todo lo que cause malestar y que pueda acarrear problemas a una vida cotidiana sosegada. La pereza mental es una losa lapidaria que entierra al criterio propio y al análisis profundo y concienzudo en capas de conformismo y nihilismo postmoderno.

Gracias al creciente interés que se ha generado a partir de las múltiples reflexiones sobre la violencia y el conflicto armado en Colombia, como del afán de recordar y resarcir momentos dolorosos de su historia, la necesidad de compensar a víctimas de sucesos traumáticos desde múltiples medios culturales ha aumentado drásticamente a pesar de voces detractoras que auguran una ambigüedad en el relato mnémico-histórico. Guzmán (2011) indica:

En Colombia ciertamente el “boom” de la memoria supone la apertura de este debate específico por la construcción de memoria histórica, claro está, en medio del conflicto. Por ello, no dejan de escucharse voces escépticas que auguran la imposibilidad de un relato emblemático en sí, o de uno que responda a un criterio de reparación a las víctimas. Sin embargo, como lo ha planteado Castillejo, avanzan ya procesos de consolidación de dichos relatos que merecen respuestas y posiciones críticas (cita memoria como relato emblemático)

Este análisis se planteara principalmente desde tres miradas globales; tres puntos de

vista que convergen en la narrativa de Vásquez y que estructuran el mensaje en su conjunto. Cada punto de vista pertenece a cada uno de los protagonistas de la obra: Juan Gabriel Vásquez, Antonio Carballo y Marco Tulio Anzola; tres vértices que componen una visión trinitaria que es, a su vez, una visión cronológica, que busca respuestas en el pasado, para explicar el presente y mejorar el futuro.

Al dejar de valorar la memoria histórica como un fenómeno uniforme experimentado por igual por toda la comunidad nacional, empiezan a aflorar modalidades inestables de articulación con el olvido. Más aún que pura representación, la memoria histórica, nacional o regional es una práctica social asentada en variados puntales materiales: “artefactos públicos, ceremonias, monumentos, libros, películas. La memoria requiere de actores, de instituciones y de recursos. (Borrero, 2010)

Tres personajes que discurren con fantasmas que necesitan reposo y sobre todo justicia. Espectros traicionados y vendidos como Julio Cesar o Kennedy; que pertenecen a las ruinas de lugares olvidados en la memoria de la gente y que están a la espera de ser reconocidos y finalmente liberados. “Reliquias de muertos ilustres “Esta obra es la exploración de esto último: un viaje expiatorio al pasado.

3.1 El concepto de Memoria Histórica en la obra de Vásquez

Al ser una obra con tintes autobiográficos, *La Forma de las Ruinas* refracta la visión personal del autor y como aborda la compleja problemática que vive su país.

Un año y medio. Durante un año y medio fui llenando página tras página de memorias como estas, de notas y de datos, en el intento desesperado de transfigurarlos por medio de la imaginación, que todo lo ilumina, y de la fábula, que va más lejos que nosotros, y así entender los hechos públicos y visibles, por supuesto, las legiones de imágenes y relatos que nos aguardaban en las crónicas y la historiografía y los laberintos

memoriosos de Internet, pero también entender los hechos invisibles y privados, pero no están contenidos en ninguna parte porque ni el mejor de los historiadores, ni el mejor de los periodistas, puede contar lo que ocurre en el alma de otro. Un año y medio, Sí. Fue un año y medio que pase recordando esos días sin parar, un año y medio pensando en estos muertos, viviendo con ellos, hablando con ellos, escuchando sus lamentos y lamentándome, a mi turno, de no poder hacer nada para aliviar su sufrimiento. Pero sobre todo pensando en nosotros, los vivos, que seguimos tratando de entender lo que ocurrió, que tantos años después seguimos contando historias para explicárnoslo. (Vásquez, 2015:188)

Después de su vasto trajinar en el extranjero donde Vásquez buscaba una identidad y oscilaba entre la tristeza del exilio, la búsqueda de una carrera como escritor reconocido y el reconocimiento de su gente: “Me tomó diez años descubrir el tono adecuado para tocar la realidad desbordante de mi país...” (Vásquez, 2009; 187) El Juan Gabriel Vásquez de la obra es una retractación bastante verosímil del Juan Gabriel Vásquez real; una abstracción autónoma que funciona a su vez de avatar para una persona (o personaje) que la ha costado escribir sobre la realidad colombiana debido, en parte, a que lo desborda y a su vez lo atrae (tal como se plantea en líneas anteriores).

Vásquez (el personaje de la obra) dentro de la obra funciona como enlace entre los otros dos personajes clave: Anzola y Carballo y representa a su vez una de las partes fundamentales que componen todo el conjunto macroestructural de la memoria histórica como concepto arraigado a la narrativa y es la búsqueda de verdades enterradas y la reivindicación de personajes y eventos notables para la historia del país.

Vásquez opera como vehículo narrativo, donde actúa como investigador, historiador, observador, testigo y narrador.

Lo hice pensando en estos muertos que hemos heredado, que cayeron a lo largo de tantos años, en un espacio tan restringido y hacen parte de nuestro pasaje aunque no lo sepamos, y me chocó que la gente pasara frente a las placas que hablan de esos muertos sin detenerse nunca y con toda probabilidad sin dedicarles un pensamiento, un

breve pensamiento, a ellos que viven de eso. Los vivos somos crueles. (Vásquez, 2015:116)

Consecuentemente con lo planteado en líneas anteriores, Es un tanto difícil distinguir el Vásquez de la obra y el Vásquez real. El propio autor ha admitido en posteriores entrevistas que le cuesta distinguir entre el Vásquez literario y el Vásquez real, debido a que sus obras contienen fragmentos, escenas, situaciones y momentos que el mismo ha experimentado inclusive en las obras anteriores a su novelística más reciente: obras con fuertes tintes sociales. Si bien la ficción logra enmascarar, y hasta cierto punto encubrir y distorsionar las cuitas personales del autor; es innegable el hecho de que su avatar literario contiene demasiadas características innatas de la propia personalidad de Vásquez. Es así, como se toma la determinación en este análisis de tratar al autor de la obra y al personaje dentro de la narración como si fueran una sola persona. El sujeto transindividual mostrado en la obra es demasiado transparente.

Juan Gabriel Vásquez se presenta en primera instancia como una persona pragmática, escéptica y recelosa. Un escritor de mediana edad y de mediano éxito que está a punto de ser padre. Su pasado está vinculado fuertemente con la problemática social de su país, en una época donde la violencia era el pan de cada día y el concepto de muerte indiscriminada estaba tan normalizada que poco impactaba en la gente la muerte de un joven policía en una esquina de cualquier barrio en cualquier ciudad. Esta problemática de alcance social, ético y moral es algo que se viene arrastrando desde la Segunda Guerra Mundial; donde la humanidad conoció de primera mano hasta donde podían llegar sus instintos más primarios y tuvieron que reconocer que, a final de cuentas, no eran tan civilizados como creían ser.

Vásquez vivió su juventud en la época del terror instaurada por Pablo Escobar, el capo narcotraficante y asesino más conocido de la historia colombiana contemporánea. Querido por algunos y odiado por muchos, Escobar dejó una estela de muerte y destrucción que marcó una generación entera, entre los que se cuenta el joven Vásquez, estudiante de Derecho. “Yo, como

buena parte de mi generación, guardo un foco de violencia reprimida, consecuencia de haber crecido en un tiempo en que la ciudad, mi ciudad, se había convertido en un campo minado. (Vásquez, 2015:68)

El vivir en esta época de sicariato y de actos terroristas premeditados, impactó profundamente en la mente de un joven Vásquez que empieza a desarrollar, junto con sus aptitudes literarias, una conciencia crítica sobre el entorno que le rodea y una necesidad imperante de ir más allá de su papel de mero observador y comenzar a actuar en roles más activos: ser investigador histórico y servir como portavoz de los muertos a la vez que buscaba la justicia y la verdad de momentos históricos que habían sido solapados o “maquillados” para la conveniencia de terceros. “Como he llegado a pasar tanto tiempo pensando en estos muertos, viviendo con ellos, hablando con ellos, escuchando sus lamentos y lamentándome, a mi turno de no poder hacer nada para aliviar su sufrimiento” (Vásquez, p.15)

En un principio, Vásquez se encuentra renuente a desenterrar todos los vericuetos del pasado colombiano y de su pasado personal. Si bien el escritor ya ha abordado el pasado de su país en obras como *Los Informantes* y *El Ruido de las Cosas al Caer* (tanto en la vida real como en la ficción)

En el barullo apasionante de la vida de Ruth de Frank, que recorría dos continentes y más de siete décadas, resaltaba una anécdota en particular: el momento en que su familia de judíos escapados, tras una de esas crueles ironías de la historia, había acabado perseguida también en Colombia, por el hecho de ser alemana. Ese malentendido (pero malentendido es una palabra desafortunada y frívola) se convirtió en el primer pálpito de una novela que titule *los informantes*; y la vida y recuerdos de Ruth de Frank se convirtieron, distorsionados como siempre distorsiona la ficción, en los de un personaje fundamental de la novela, una suerte de brújula moral del mundo ficticio: Sara Guterman. (Vasquez, 2015: 21)

Vásquez prefiere mantener una distancia prudencial con acontecimientos que pueden

despertar malestares o que no estén socialmente consensuadas. Para Vásquez es importante obtener datos precisos, empíricos, documentados para poder cimentar desde la veracidad y la credibilidad los escritos que produce:

La narración y el relato son útiles y necesarios a la investigación histórica, pero mucho más cuando pueden ser contrastados con otras fuentes, como los documentos escritos o las versiones orales. De cara a la narración histórica, la narración utiliza de manera muy imprecisa y ambigua las categorías de espacio y tiempo. Es fundamental diferenciar claramente, en las versiones orales, el momento de la construcción del documento (la entrevista) de la manera como se archiva la misma, y finalmente del momento de análisis y su utilización. (Carretero, 2007; 10)

Antes de los sucesos de La Forma de Las Ruinas, el escritor insinúa, sugiere, propone, habla de terceros pero no se involucra con sucesos sociales trascendentales que aunque le crean sospechas, no tiene pruebas fehacientes para demostrar nada; acontecimientos tan importantes como los magnicidios de Gaitán y el general Rafael Uribe Uribe. Hechos históricos que han pululado en su mente durante toda su vida pero que no atreve a cuestionar debido a múltiples “barreras autoimpuestas” que afectan desde el entorno de vida familiar hasta el complejo contexto social.

El escritor colombiano sirve de enlace, de conector entre las múltiples posturas que rodean el concepto de memoria histórica. Vásquez esgrime el estandarte cultural y social que comenzaron autores como Nora o Halbwachs sin ser necesariamente un vocero líder, un representante reaccionario de las minorías o de los afectados. Una imagen, una denuncia del peligro y la destrucción de aquel día infausto, y ver solamente un acicate de la memoria, un testimonio histórico. (Vasquez, 2015: 71)

La reclamación de justicia para quienes ya no pueden hacerlo pero siendo el mismo, en parte, una víctima. Vásquez toma el papel del investigador “imaginativo”, que utiliza la ficción para recrear momentos en la historia y tratar de estructurar acontecimientos mediante la

memoria oral, (siendo moldeable y efímera como lo es) siguiendo el ejemplo de noción de historiador que propone Cassirer y Jelin. “Este libro escrito como expiación de crímenes que, aunque no he cometido, he acabado por heredar” (Vásquez, p.16)

Batallar contra el olvido es como luchar contra las fuerzas de la Naturaleza y Juan Gabriel Vásquez lo sabe. Sin embargo, el autor no quiere claudicar por lo difícil de la empresa; sacar a la luz todas las injusticias pasadas, de crímenes que no fueron saldados. El concepto de “historiador profesional de la memoria” que propone Jelin en los Trabajos de la Memoria coincide totalmente con la labor que ejercen los tres personajes centrales.

No estaba yo pensando en ruinas ni en rastros físicos de destrucción, sino en alguna placa como las que nos recordaban la caída de individuos celebres o importantes, de figuras públicas cuya muerte tuvo consecuencias en las vidas ajenas. No, este había sido sin duda uno de los éxitos del terrorismo en mi país: las muertes grupales (que expresión horrorosa), las muertes colectivas (no, esta no es mejor), no eran recordadas nunca, no parecían merecer un ligero homenaje en las paredes de los edificios, tal vez porque la placa resultaría inevitablemente grande (para acomodar veintitrés nombres, imagínense ustedes, o el triple en el caso de la bomba del DAS), tal vez porque las placas de mármol se reservan, por una tradición implícita o silenciosa, para aquellos que arrastran a los demás al morir, aquellos cuya caída imprevista puede llevarse consigo a la sociedad entera y a menudo lo hace, y por eso los protegemos: por eso tememos su muerte. Antigüamente nadie hubiera dudado en dar la vida por su príncipe o su rey o su reina, pues todos sabían que sus caídas, ya se debieran a la locura o a la conspiración o al suicidio, podían muy bien empujar a todo el reino al abismo. Eso ocurrió con Jorge Eliecer Gaitán, pensé, cuya muerte hubiéramos tal vez podido evitar, y no creo que haya un colombiano que no se pregunte que habría pasado si la hubiéramos evitado, cuántos muertos anónimos nos habríamos ahorrado, que país seríamos ahora. Como la memoria se comporta de maneras impredecibles, siempre haciendo lo que le da la gana, se me apareció enseguida una frase que se le atribuye a Napoleón: para entender a un hombre, hay que entender el mundo en que vivía a los veinte años. (Vásquez, 2015:118)

Sin embargo el papel de Juan Gabriel Vásquez es crucial en la búsqueda de una memoria

histórica del pasado colombiano debido a que encarna con mayor profundidad (en comparación con los otros dos personajes principales de la novela, que están “sujetos” en mayor medida a la imaginación literaria del autor) al habitante cosmopolita promedio, el ciudadano de a pie, que está inmerso en una sociedad diluida en un crisol cultural demasiado fragmentado, denso y complejo. (...) “hombre del común, hombre del montón” (Vásquez, 2015:97)

Un ciudadano (*Zoon Politikon* “animal cívico y político”. Definición de Aristóteles) con dudas, con malestares existenciales tanto ancestrales como modernos; que su realidad lo desborda y que por lo tanto es incapaz de afrontarla.

El detonante para que Vásquez decida formar una opinión crítica frente a la realidad de su país es Carballo.

3.2 El olvido social y la represión de la memoria histórica

Uno de los puntos (tal vez el más importante) que se emplea para desmontar el concepto de memoria historia como herramienta válida para desentrañar aspectos ocultos de la historia es la ambigüedad inherente a la misma y la falta de “cientificidad instrumental” para demostrar que lo que refuta o alecciona es factible. Jelin (2002) es consciente de la confusión naciente de la ambigüedad mnemónica, sin embargo, siente que esto va a un segundo plano, lo significativo esta en las luchas contra la represión de la memoria, donde se esconden segundas intenciones solapadas:

Cabe establecer un hecho básico. En cualquier momento y lugar, es imposible encontrar una memoria, una visión y una interpretación únicas del pasado, compartidas por toda una sociedad. Pueden encontrarse momentos o períodos históricos en los que el consenso es mayor, en los que un “libreto único” del pasado es más aceptado o aun hegemónico. Naturalmente ese libreto es lo que cuentan los vencedores de conflictos y batallas históricas. Siempre habrá otras historias, otras memorias e interpretaciones alternativas en la resistencia' en el mundo privado en las “catacumbas”. Hay una lucha política activa acerca del sentido de lo ocurrido, pero también acerca del sentido de la memoria misma. El espacio de la memoria es entonces un espacio de lucha política, y

no pocas veces esta lucha es concebida en términos de la lucha “contra el olvido” *recordar para no repetir*. Las consignas pueden en este punto ser algo tramposas. La “memoria contra el olvido” o “contra el silencio”, esconde lo que en realidad es una oposición entre distintas memorias rivales (cada una de ellas con sus propios olvidos). Es en verdad “memoria contra memoria” (Jelin, p.5)

Como se mencionó en anteriores apartados, los detractores de la memoria histórica sospechan de hechos históricos que solo se puedan comprobar por medios memorísticos como la recopilación de información en los testimonios de la gente y la investigación resultante de una narrativa histórica; medios que no están sujetos a las vías demostrables evidentes que brinda la Historia (en mayúscula). En este sentido, la postura de Aguilar (2009) es representativa de lo anterior al referirse a la memoria histórica como interpretación y no recuerdo del pasado. (Aunque Aguilar reconoce que las lecciones del pasado nos ayudan a construir el presente)

Esta “flaqueza” que tiene el concepto de memoria histórica se distingue en el personaje de Carlos Carballo y sus “delirios conspiranoicos”.

Conspiraciones. El descubrimiento de tratos ocultos, estratagemas siniestras, planes de dominación mundial orquestados por grupos u organizaciones clandestinas. “Las teorías de la conspiración son como enredaderas, Vásquez, se agarran de lo que sea para subir y siguen subiendo hasta que no se les quite lo que las sostiene”. (Vásquez, 2015:82)

Carballo es acusado por la sociedad como un personaje que *ve* cosas donde no las hay, de querer escarbar en un pasado donde los hechos pasaron tal cual lo presentan los anales de la historia oficial y que desea llamar la atención a toda costa sobre su casi loable y solitaria causa. Los magnicidios de Jorge Eliecer Gaitán (y el posterior *Bogotazo*) y del general Rafael Uribe Uribe.

Solo en ese momento me di cuenta que estaba acompañado. Detrás de mi anfitrión, como oculto por timidez o prudencia, esperaba un hombre de piel pálida que sostenía en la mano izquierda un vaso de agua con gas. Tenía grandes bolsas bajo los ojos, a pesar de que no parecía, por lo demás, mucho mayor que Benavides, y de su rara

indumentaria- de pana marrón camisa de cuello alto y almidonado- lo que atraía la mirada era un foulard rojo estiró una mano blanda y húmeda y se presentó con voz baja, tal vez insegura, tal vez afeminado: el tipo de voz que obliga a los demás a acercarse para entender. (Vásquez, 2015:56)

En una primera instancia el personaje de Carballo se presenta como un sujeto asocial, que reniega de un presente construido (según él) a base de mentiras y que presume de blandir una verdad oculta que solo él tiene. “Ya quedan pocos, todo sea dicho: se han ido extinguiendo sin renovarse ni dejar herederos, ni hacer escuela, vencidos por la amnesia irredenta que siempre ha agobiado este pobre país”. (Vásquez, 2015:25) Sin embargo, a medida que transcurre la narración, la visión que se ofrece al lector de Carlos Carballo empieza a cambiar; su discurso está casi justificado (hay matices), su lucha es legítima, aunque sus acciones disten de ser acertadas.

Así como lo oye. La novela pasa por los grandes temas como pisando huevos. Menciona el narcotráfico y hasta el asesinato del futbolista ese, ¿pero se mete con eso? Menciona a Gaitán, pero ¿mete con lo de Gaitán? Menciona a su tío José María, pero ¿se mete con ese tema? No, Vásquez, a usted le hace falta compromiso; hermano, compromiso con las cosas difíciles de este país (Vásquez, 2015: 155)

Su recopilación de información y la manera de conectar sucesos aparentemente desemejantes sorprenden Vásquez, que no deja de reconocer y aprobar la labor de Carballo para recolectar y almacenar información en un contexto híper conectado y muy dependiente de la memoria archivística. Jelin (2002) evidencia la importancia de la recopilación de datos en un contexto tan saturado de la misma y donde hay que escarbar con pinzas para encontrar algo relevante. La memoria histórica se alimenta tan proactivamente de las herramientas tecnológicas como el internet, la radio y los periódicos:

Vivimos en una era de coleccionistas. Registramos y guardamos todo: las fotos de infancia y los recuerdos de la abuela en el plano privado-familiar, las colecciones de

diarios y revistas (o recortes) referidos a temas o períodos que nos interesan, los archivos oficiales y privados de todo tipo. Hay un culto al pasado, que se expresa en el consumo y mercantilización de diversas modas (retro)), en el boom de los anticuarios y de la novela histórica. En el espacio público, los archivos crecen, las fechas de conmemoración se multiplican, las demandas de placas recordatorias y monumentos son permanentes. Y los medios masivos de comunicación estructuran y organizan esa presencia del pasado en todos los ámbitos de la vida contemporánea (Jelin, p.9)

Carlos Carballo, archivista encomiado, es sin duda un personaje antiheroico (que se diferencia de Vásquez, el peatón observador y de Anzola, el investigador incomprendido y repudiado) y que tiene la función auto otorgada de despertar a una sociedad aparentemente dormida, aunque sea a gritos y a empujones. Su iniciativa es reaccionaria frente a una sociedad apática y que trasciende más allá de la controversia suscitada en la posible falsedad o veracidad de la memoria histórica. “Con un libro suyo. La historia que le quiero entregar, la verdad silenciada que le quiero entregar para que usted la convierta en un libro...” (Vásquez, 2015:150)

La lucha contra el olvido social y la represión de la memoria colectiva debe primar (según Vásquez, Carballo y Anzola) sobre el eterno conflicto entre historia (como construcción humana unánimemente aceptada) y la memoria (como ente cultural moldeable y ambiguo), la batalla que lidera Carballo es esencial ya que incita a sospechar, a investigar, a “no comer entero” y esta iniciativa la viene desarrollando el autor de la novela desde obras anteriores. Ante un país tan irreflexivo como Colombia, la labor de concientizar se hace indispensable, aunque en muchos casos esta titánica labor no sea agradecida como se merece.

Las Grietas de la Historia Oficial y la importancia del relato oral

Marco Tulio Anzola es un joven abogado que carga bajo sus hombros una tarea sobrecogedora: encontrar los verdaderos responsables del asesinato del general Rafael Uribe Uribe. Anzola es el ejemplo perfecto de investigador-actor, una persona interesada en descubrir

la verdad y llevar a la justicia los legítimos criminales escondidos tras bambalinas; aunque este problema le pueda costar su trabajo, una reputación bien establecida e incluso su propia vida. Un abogado novato de 23 años, que en parte, se ve envuelto por circunstancias adversas ajenas a su control pero que, a medida que va indagando y profundizando en los hechos detrás de la aparatosa parafernalia montada por actores, en apariencia externos al homicidio de Uribe Uribe; desentraña toda una maquinación política, que abarca desde el poder absoluto en las altas esferas sociales, hasta el engaño y posterior manipulación de las masas. “La historia puede ser mentirosa” (Vásquez, 2015:250)

Los instrumentos que Anzola utiliza para dismantelar toda la tapadera montada por la Extrema Derecha política son los testimonios y las evidencias orales; cotejando la información obtenida, comparando respuestas para encontrar similitudes y vestigios del rompecabezas que compone el magnicidio.

Anzola es el prototipo de “defensor contemporáneo de las memorias colectivas” (y en cierta medida, apócrifas)”, que recalca testimonios traumáticos de posibles testigos y víctimas como apéndices o fragmentos de una realidad diluida y difícilmente reconstruida desde fuentes oficiales. “Estos hombres y mujeres dedicaron unas horas a examinar el reverso del mundo, la verdad de las cosas que ha sido silenciada por la historia oficial” (Vasquez, 2015; 253)

Echeverry (2004) quiere concientizar sobre la importancia de la narración oral pero con las habidas precauciones, debido a que no se puede eludir la investigación profesional que requiere un trabajo serio en pos de una folclórica declaración fundamentada en la panfletaria “voz del pueblo”:

(...) En este sentido, es necesario llamar la atención de la manera como las versiones de la historia que se quieren construir para una comunidad y un pueblo se logra, en cierta medida, a partir de versiones de narraciones y relatos orales. Tal es el caso del libro *Memoria de tres encuentros*, en donde las versiones de la violencia del cincuenta en un lugar tan azotado como el Valle del Cauca, y pese a que uno de los encuentros (el de 1986) fue en plena “Violencia de limpieza del Valle”, dichos relatos

no hacen referencia a estas expresiones de violencia y se quedan en las versiones oficiales y oficiosas de las mismas. (154)

De manera similar, Borrero (2010) apoya la postura anterior, enfatizando en la utilización simultanea tanto de elementos narrativos como de los relatos orales para formar una construcción coherente que permita claridad y solidez en lo propuesto:

Toda vez que la vinculación entre memoria e identidad en los planos sociales y colectivos es estrecha; comunicar, acompañar y discutir memorias es “parte del proceso de construcción y reconocimiento de la pertenencia a comunidades colectivas, actuando como ‘mitos fundacionales’ que otorgan estabilidad temporal (imaginaria) a la identidad.

El abogado se empeña en rescatar el relato oral de testigos, en gran medida anónimos, como vía de reconstrucción de sucesos; para desenmarañar el complot y poder resarcir ante un país a una familia vilipendiada y sobre todo, sacar a la luz, todo lo que se aloja debajo del gran iceberg que es la historia colombiana. Muchas pasan fuera del ojo público (Vásquez, 2015:59)

Es indudable que la historia oral se enmarca dentro de una versión de historia popular, historia que pretende acercar los límites de la historia a la vida de las personas en los términos de R. Samuel (1984); es una historia que ha subordinado lo político a lo cultural y a lo social, una historia que se ha desarrollado básicamente al margen de las instituciones de enseñanza, y que ha tomado a la comunidad y a su oralidad como base para sus investigaciones y reivindicaciones. Es una historia que hace énfasis en el pueblo, en la cultura y en la vida cotidiana. (Echeverry, 2004:131)

Hay una lucha de fondo y peso más profunda que la que sostiene el joven abogado contra las fuerzas antagónicas más poderosas que el mismo y es la batalla contra el olvido. Anzola no quiere y no debe olvidar. No debe ser “Borrado de la memoria histórica” (Vásquez, 2015: 61)

Encontrar las grietas, los recovecos de una versión de la historia vendida como oficial e inalterable tiene como propósito combatir contra el olvido sistematizado, manipulado y hasta

cierto punto, institucional. Borrero (2010) añade al respecto:

Como se notará, la imbricación entre memoria histórica y desaparición forzada es evidente, toda vez que, por lo común, quienes la padecen son aquellos que el poder hegemónico desea borrar del recuerdo colectivo o, lo que es igual, circunscribir al olvido (ciertamente, eso no implica que todas las víctimas de tal fenómeno sean inocentes de toda culpa o delito, pero sí patentiza que ninguna de ellas fue sometida por el poder que la desapareció, empeñado en adelantar guerras irregulares a un juicio justo o legal (y ni hablar de ético)

Si bien Carballo tiene un rol antiheroico en la obra, Anzola tendría un papel fundamentalmente heroico (cabe decir que Anzola, hasta cierto punto, es una construcción personal de Carballo. Queda a la valoración del lector determinar si Anzola es una idealización del mismo Carballo o si en realidad presenta un reflejo inequívoco de un personaje real e histórico). En palabras de Jelin, Anzola sería un “emprendedor de la memoria” que explora las dinámicas de la misma, buscando diferentes rutas para analizar fechas con significados extensos y generalizados en la sociedad.

Anzola desempeñó una tarea vindicadora, “Desbaratar una mentira del tamaño de un mundo” (Vásquez, 2015:300) que muchos años después serviría como ejemplo para futuras generaciones preocupadas por restituir eventos sepultados y olvidados

Conclusiones

Tanto la historia como la memoria son susceptibles a ser modificadas, trastocadas y cambiadas. Ambas son invenciones que son propensas a ser manipulables y su función dependerá de la intervención de personas o instituciones que tengan algún tipo de objetivo o meta con las mismas y hacia que orientación pretenden (ya sea ideológica, política, social y religiosa) direccionar sus propósitos e intenciones. El concepto analizado en este trabajo es justamente el resultado de esto último. La memoria histórica quiere alzar el estandarte social de una “cultura de la memoria” (en palabras de Jelin) en busca unir la rigurosidad de la historia con la intencionalidad de la memoria. Es una unión conciliadora, muy cercana a la propuesta historiográfica de Cassirer y Schlegel.

La necesidad de mantener en la memoria de la gente acontecimientos de vital importancia para la historia de un país fue el punto de partida para la estructuración de un concepto que reuniera tanto los hechos reales y verídicos como los sufrimientos, sentimientos, acciones discursivas, narraciones, contenidos dentro de los recuerdos de las personas. Y es que la memoria histórica no es una causa, es una consecuencia, es reacción en vez de acción, se origina como respuesta a los diversos conflictos generados por una humanidad fragmentada y se hace primordial al momento de mantener en el presente acontecimientos que de otra forma estarían en un olvido consentido, en un acuerdo tácito denominado historia del mundo. “Apoderarse de la memoria y del olvido es una de las máximas preocupaciones de las clases, de los grupos, de los individuos que han dominado y dominan las sociedades históricas” (Le Goff, 1998)

Es tal el poder de la literatura en la construcción del recuerdo y del olvido, que se puede afirmar que tiene una profunda conexión con el desarrollo mismo de la civilización. De este modo, es la historia de la literatura, en razón de que acoge los infinitos y más insospechados vericuetos de

las acciones humanas, llega incluso a representar, a través de la estética de la existencia humana, la verdadera historia de la humanidad, sometida a las leyes del contraste y la polaridad (Cruz, 2013).

Se entiende la memoria histórica como un recuerdo colectivo, una evocación volcada hacia el presente del valor simbólico de las acciones colectivas vividas por un pueblo en el pasado. Es una acción que preserva la identidad y la continuidad de un pueblo, en no olvidar lo aprendido, muchas veces con sangre, es el camino para no repetir errores pasados. “Los problemas que ahora vivimos ya los vivieron otros antes que nosotros. Sin memoria histórica estamos condenados a vivir un eterno presente, la repetición constante del mismo sufrimiento, como Prometeo encadenado”. (García Bilbao, 2010).

La memoria histórica está consagrada a la memoria de los sin nombre. No se consagra a ellos solo porque rescata del olvido sus nombres, sus trayectorias y sus datos, sino porque pone en tiempo presente efectivamente sus acciones. Las clases oprimidas que son víctimas de la fuerza de las cosas han olvidado el pasado y su fuerza subversiva. Para mayor precisión, podemos decir que el inventario que muestran los vencedores a los vencidos se llama cultura (“Las pirámides de Egipto construidas por los esclavos hebreos, o el palacio de Cortés en Cuernavaca por los indios sometidos” Lowy, 2007). La memoria permite recorrer el velo de la cultura dominante y escapar de la ignorancia.

La memoria histórica no es un registro exacto y completo de todos los acontecimientos. Es selectiva, rechaza o margina algunos hechos, privilegia y maquilla otros, asocia y separa (Jelin, 2002). La memoria histórica pretende la reivindicación de los caídos, por lo que su propósito no será la de narrar hechos de forma objetiva sino la de provocar una reacción empática, (similar al concepto de imaginación narrativa de Martha Nussbaum) un sentimiento de justicia que logre, aunque sea por un momento, despertar un pensamiento crítico frente al pasado de un país sin memoria. No es un

simple ‘‘recuerdo’’; es historia vivida, es percepción de la realidad en su aspecto potencial, es un sedimento histórico de todo el pasado humano acumulado en el sótano secreto de los tiempos, listo para emerger cuando el presente lo solicite, aunque sea solo por un fugaz instante.

Glosario de personajes

A lo largo de este trabajo se hace referencia a distintos personajes de la novela de Juan Gabriel Vásquez. Aunque se ha tratado de contextualizarlos en el momento de su mención, la dimensión ficcional y alegórica que Vásquez da a su obra hace que sus personajes estén configurados para representar algo más allá de su propia contingencia. Por eso, para ofrecer mayor claridad al lector que aún no se haya acercado a *La Forma de las Ruinas*, propongo el siguiente glosario. No se busca ser exhaustivo ni incluir a todos los personajes presentes en la obra, sino sólo aportar una referencia sobre aquellos que fueron mencionados en mi trabajo monográfico.

Juan Gabriel Vásquez: máximo protagonista de la obra y alter ego del autor. Escritor y periodista de mediana edad. La historia comienza con el incidente de Carballo (el robo del traje de Gaitán) para después dar paso a sus recuerdos de juventud. Los nueve capítulos de la obra giran en torno a la búsqueda y al posterior descubrimiento de los responsables del magnicidio del Rafael Uribe Uribe, Sin embargo se hace un recorrido histórico pasando por otros crímenes de similar magnitud como los asesinatos de Jorge Eliecer Gaitán y de John F. Kennedy. Hay también un énfasis por el viaje personal de Vásquez, como sus interacciones personales se tornan mucho más íntimas y como aprende a reconciliarse con el pasado de su patria y a escribir sobre ella.

Carlos Carballo: hombre de mediana edad de constitución física enfermiza. Busca la verdad en los acontecimientos de Gaitán, Uribe Uribe y Anzola. Lo tachan de conspiranoico y de estar rascando las ruinas del pasado en busca de pruebas inexistentes pero el desarrollo de la narración le da la razón en muchos aspectos. En la mitad de la obra se sabe que trabaja en una emisora de radio y que habla de temas polémicos del país con “radioescuchas” en un programa

de medianoche

Marco Antonio Anzola: joven abogado de 23 años que lleva el caso del asesinato del general Uribe Uribe. Lucha contra las injusticias e intenta averiguar las grietas de la historia oficial mostrada ante los medios. Logra llevar su caso ante los tribunales y aunque casi gana, pierde en el último momento por un tecnicismo. Hace un libro que décadas después caerá en manos de Carballo

Bibliografía

Aguilar, P. (2008) Políticas de la memoria y memorias de la Política, Madrid, Alianza Editorial, 2008

Allier Montaño, E. Los Lieux de mémoire: una propuesta historiográfica para el análisis de la memoria Historia y Grafía, núm. 31, 2008, pp. 165-192 Departamento de Historia Distrito Federal, México

Bellido. A. (2002) La Memoria Biológica, consultado en línea el 31 de marzo de 2018 en www.elcultural.com

Carretero, M. (2007) Documentos de Identidad. La construcción de la memoria histórica en un mundo global, Buenos Aires: Paidós

Cassirer, Ernst, Antropología Histórica, Introducción a una filosofía de la cultura, Fondo de cultura Nacional de México

Doblas, P (2011) Literatura y memoria histórica, Página Abierta, 215, consultado en línea el 31 de marzo de 2018 en www.pensamientocritico.org

Verón, A. (2014) Nombrar es también confrontar el olvido. Una filosofía que confronta los pasados olvidados, consultado en línea el 2 de abril de 2018 en <http://revistas.utp.edu.co/index.php/miradas/article/view/9375/5865>

Restrepo, C. Guerras, Memoria e Historia, consultado en línea el 2 de abril de 2018 <http://www.scielo.org.co/pdf/anpol/v19n58/v19n58a09.pdf>

Sánchez Jaramillo, L. (2005) La Historia como Ciencia. Revista Latinoamericana de Estudios Educativos (Colombia), Universidad de Caldas

Martínez Villar, G (2014) Historia de la Memoria, consultado en línea el 2 de abril de 2018 en www.publicacionesdidacticas.com

.Kundera, M (1978) El libro de la Risa y el Olvido. Editor Digital Chungalingos

Cruz, N (2013) Literatura, Historia y memoria, Universidad Santo Tomás consultado en línea en 25 de marzo de 2018 en www.scielo.org.co

Benjamín, W. (1973). Tesis sobre el concepto de la historia, Taurus, Madrid.

Erice, S. Francisco, (2008). Memoria histórica y deber de memoria. Las dimensiones mundanas de un debate académico, Entelequia. Revista. Interdisciplinar, Monográfico No. Consultado en línea el 18 de abril de 2018 en www.eumed.net/entelequia.

García, B. Pedro, (2010). Sobre el concepto de memoria histórica. Consultado en línea el 18 de abril de 2018 en www.eumed.net/entelequia

Jelin, E. (2001) Jelin, Los trabajos de la memoria, Madrid, España. Siglo veintiuno editores.

Londoño, J. G & Carvajal, J. P (2015). Pedagogías para la memoria histórica: reflexiones y consideraciones para un proceso de innovación en el aula.

Eco, U. (1992). Obra Abierta. Barcelona, España: Plantea DeAgostin

Halbwachs, M. (1968) Memoria Colectiva, consultado en línea el 18 de abril de 2018 en cesycme.co/wp-content/uploads/2015/07/Memoria-Colectiva-Halbwachs.-.pdf

Vásquez. Juan G. (2015) La Forma de las Ruinas, Editorial Alfaguara

Vervaeke, J. (2018) La obra y trayectoria temprana de Juan Gabriel Vásquez. Revista Pasavento